

# CALVO SOTELO, DANIEL ESPAÑA Y RENE JEAN CLOT ABRIERON TEMPORADA EN OTROS TRES TEATROS

Por JOSE MONLEON



Angel Picazo, Emma Penella y Adolfo Marsillach. Acaba de bajar el telón del Lara sobre el primer acto de «Micaela», comedia de Joaquín Calvo Sotelo sobre un cuento de Zuzunegui

El estreno del Lara tenía una «atracción» singular, al menos para la mayor parte del público: la presentación de Emma Penella. Esto, unido a la intervención de Adolfo Marsillach como director —esta vez sin trabajar como actor—, obliga, para ser fieles al pulso del espectáculo, a desmedular un poco su examen crítico.

¿Hizo bien Emma presentándose en el teatro con «Micaela»? Yo creo que sí. Por de pronto, estaba arropada por varios nombres, entre ellos el de Marsillach. ¿O es que no debemos exigirle infinitamente más a él que a una actriz cinematográfica que sale por primera vez a un escenario? También el personaje tenía muchas defensas para Emma. Es un personaje simpático, directo, sin ninguna densidad psicológica, acomodado físicamente al físico de Emma, y en el que, por tanto, podía defenderse bien. Que es, a poco que nos tomemos en serio la interpretación teatral, lo único que puede hacer quien se asoma a ella.

Emma tiene una voz que vale para el teatro; como actriz, «pasa la batería», da una sensación de frescura... Condiciones todas envidiables —y de las que carecen muchos actores con oficio—, a las que toca ahora agregar lo que solo se aprende con un trabajo continuo y vigilante. Ha de aprender, por ejemplo, a sostener una velocidad de dicción, y, sobre todo, a enriquecer su lenguaje expresivo, las «formas de expresión» de un intérprete teatral.

A Emma le aplaudieron varios mutis, y entre los discursos finales, creo que hizo el más breve y mejor: «Gracias por los aplausos. Casi todos sois amigos míos. Yo creo que lo he hecho, por lo menos, dignamente.» ¡Ojalá estas frases correspondan a un sentimiento auténtico de la actriz y no a un concepto de oportunidad oratoria!

En el primer supuesto, no me importa escribir que Emma Penella ha empezado muy bien su carrera teatral.

«Micaela», como obra, pertenece a la vertiente más intrascendente y afortunada de Calvo Sotelo. Como «La herencia», «Dinero» o «Fiesta de caridad» están en la peor y de propósitos más trascendentes.

La historia de una mujer compartida por dos hermanos gemelos y solterones se prestaba a situaciones fácilmente previsibles. Dada la situación inicial, la comedia «estaba vista». La aportación de Calvo Sotelo ha consistido en tratar el tema con un cierto regusto tragicómico, al que incorpora una especie de «crítica vasca». En esto y en algunas réplicas está lo mejor de «Micaela», pleza menor con algunos fragmentos terriblemente pueriles y equivocados —los diálogos callejeros entre Torremocha y Carola Fernán Gómez— y el valor de no ensartar ninguna de las penosas reflexiones —sobre la independencia de los estados africanos, sobre los Estados Unidos, sobre los obreros españoles emigrantes, etc.— que suelen asomar a la mayor parte de las comedias que se estrenan en Madrid.

La dirección de Adolfo Marsillach es brillante, con oficio, defendiendo y punteando bien el ritmo. El problema está en si Marsillach debía volver al teatro para dirigir una obra como esta. En este punto es forzoso analizar la «doble personalidad» teatral de Adolfo. En sus escritos y en algunos de sus montajes ha tendido a lo ambicioso e inconformista. Es el Adolfo de «La cornada», de numerosos artículos, de «El pan de todos... Junto a él, como director e intérprete, está el Adolfo de la comedia, perdido a veces en comedietas, interesante cuando se acerca a Lope o

Giraudoux. (Recordemos su excelente versión de «Lo locos de Valencia».)

«Micaela» pertenece a esta segunda dimensión de Marsillach, ya digo que importante cuando se sustrae a la comedia amable y un tanto pueril que gusta a nuestro público habitual. La obra de Calvo Sotelo está en un punto bajo si consideramos las circunstancias y posibilidades del director. En ese punto en el que a este le cabe acreditar oficio, agudeza, pero nunca verdadero talento.

A Adolfo hay que exigirle más, bastante más. Y yo me permito hacerlo porque creo que su talento me obliga a disonar en el coro de quienes le alaban por dirigir «Micaela».

Es preciso señalar la ajustada labor de varios de los actores, bien sometidos a la disciplina de la dirección y a las exigencias mecánicas de la obra. Especialmente, quiero subrayar la estupenda medida de Angel Picazo y la eficaz y concienzuda labor de Arturo López y Angel Lafuente.

## en la torre de madrid, farsa política

Que me perdone el autor, Daniel España, si digo que su obra es la escenificación de los peores editoriales de política internacional. No puede montarse un diálogo Este-Oeste si, para empezar, se deforma a ambos contendientes. Las cosas ocurren por algo. Y cuando se pone el teatro al servicio de unos razonamientos políticos, uno



# fijese



si su colchón lleva el  
bolsillo lateral con la marca

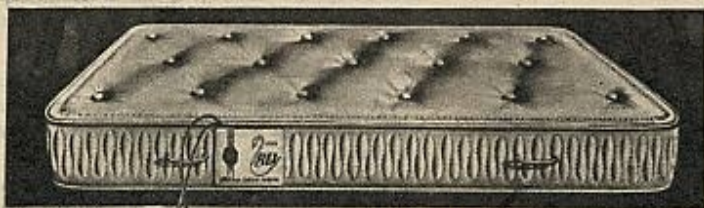
Sólo **FLEX** lo tiene

en él encontrará:

Un medallón de garantía de  
la Factoría de origen.

Una etiqueta con el precio de  
venta marcado de Fábrica.

Si no lleva el BOLSILLO no es un FLEX auténtico.  
Si no lleva el MEDALLON no tiene garantía FLEX.



UNICO COLCHON ESPAÑOL DE  
MUELLES SIN NUDOS, garantía  
de flexibilidad permanente de  
borde a borde. Confort total y  
definitivo.

— DE LO BUENO, LO MEJOR —

*la futura mamá  
y la que lo ha sido  
recientemente...*



...DEBEN  
SOBREALIMENTARSE

NUXINA SOLIS

enriquece la leche materna

Su bebé se lo agradecerá.

EN CUALQUIER MOMENTO...  
EN CUALQUIER OCASION...

LECHE DE ALMENDRAS

NUXINA

# Solis

EL POTENTE ALIMENTO DE FACIL DIGESTION





«La revelación», de René Jean Clot. En escena, el grupo de reclusas del Reformatorio

tiene derecho a exigirle al autor que ese algo le sea mostrado. Afortunadamente, la escena está lejos de la tribuna, donde un latiguillo arranca ovaciones delirantes. O al menos yo pienso que debe de estarlo. Que una asamblea congregada frente a un escenario es algo mucho más grave que una concurrencia de adheridos a cualquier partido político.

En «La isla del viento» se nos cuenta la historia de un bolchevique y un español que sobreviven a la guerra atómica. Únicos habitantes de la tierra, acabarán por decidir continuar la especie bajo unos supuestos que aseguren la paz perpetua.

Se dice en la obra que allí se enfrentan dos conceptos de vida. No estoy conforme. Al menos, no creo que los conceptos que puedan tener de la vida estos personajes guarde la menor relación con los que se disputan la hegemonía del mundo. Ella es una bolchevique que deja atrás las caricaturizaciones tipo Ninotchka. Es una mujer que pone la radio para oír «estadísticas», una perfecta imbécil disfrazada de hombre. El es un español de aúpa. «¿Política?» «Desterrada. A mí los únicos partidos que me interesan son los del Real Madrid fuera de casa.» «¿Esquilo y Sófoles?» «Yo no sé si eran griegos o romanos. Me dan sueño. Yo lo que soy es un forofó de Alfonso Paso.» «¿Los africanos?» «Un ministro era sereno de una universidad.» etc., etc.

Agreguen a esto el castizo belicismo verbal de «Para un español, una pistola más o menos...», y las pullas que hagan falta contra cuantos piensan que las bombas atómicas deben manejarse con más prudencia que coraje...

Creo que Daniel España ha querido terciar en un asunto importante. Esto hay que agradecersele. Como el que en un momento de su obra se esfuerza por situarse por encima de los extremismos sistemáticos. Lo malo es que estas afirmaciones están en contradicción con la mayor parte del texto.

El problema Este-Oeste es un problema serio y grave. Como, desde mi punto de vista, el de la independencia africana, desarrollada a menudo por «serenos de universidad», a quienes no se les dejó entrar en ella con otro título.

En definitiva, la ligereza con que se anda por estos terrenos le dejan a uno siempre en la duda de si debe o no considerar seriamente obras como «La isla del viento», donde un personaje estú-

vido —que ignora absolutamente las razones del enfrentamiento entre el liberalismo y el socialismo— viene a proponernos a Paso y al Real Madrid como programa de vida.

Esto aparte, en un orden puramente teatral, la pieza acusa muchas contradicciones, a fuerza de estar sometidos los personajes a esquemas puramente polémicos. Señalemos, en lo formal, el abuso de los «apartes» muy del tipo de los que menudean en las malas comedias cómicas y revistas.

Luisa Sala y Manuel Collado, únicos intérpretes, hicieron un esforzado trabajo. Ambos fueron aplaudidos la noche del estreno, en unión del autor.

### «La revelación», un drama religioso

El principio o tesis de este drama religioso bien podría enunciarse como el de «Los últimos serán

los primeros» o con la bienaventuranza sobre los pobres de espíritu.

En un reformatorio, una de las reclusas asegura que ha visto a la Virgen. Surgen una serie de reacciones, de las que las más analizadas por el autor se refieren a los sentimientos de envidia y rencor por parte de algunas de las religiosas, para las que es un disparate el que esta visión haya correspondido a una antigua prostituta.

René Jean Clot lleva las cosas hasta un extremo de cierta crudeza. Acaso, acaba por confesar la superiora, esto no sea tan absurdo. Acaso su incredulidad, que empuja a la reclusa vidente al suicidio, sea buena prueba de la desarmonía entre la categoría espiritual de cada cual y la que socialmente se le atribuye.

Lo malo de «La revelación», como ocurre a tanto teatro religioso, es que siempre hay caminos por donde se nos evade el drama. Siempre hay sermones que sustituyen a las palabras auténticas. De ahí la línea decreciente de «La revelación», que interesa en un primer acto y que se diluye en muchos de sus fragmentos posteriores.

Lo que no cabe duda es que se trata de una obra en la que se lucen intérpretes y dirección. Así ocurrió en París, donde la montó Barrault, y así ha sucedido en el Goya, donde una larga lista de actrices —solo hay dos hombres, y en personajes secundarios— realiza un vibrante trabajo. Destacaré el de Mari Carmen Prendes y Ana María Noé (espléndida en el gesto, en la caracterización, la última; solo con algún «gesto malvado» de más la primera), entre las monjas, y el de Julieta Serrano, Elena María Teijeiro, Alicia Hernida, Mari Paz Ballesteros y Terelo Pávez, entre las muchachas reclusas.

La dirección de José Osuna es eficaz y desarrollada con mucha sagacidad en orden a subrayar todos los efectismos de la obra. Es una dirección realista que acredita en Osuna un sólido oficio. El decorado de Burman me parece espléndido y muy acorde con las características del texto y el trabajo de Osuna.

La versión española es de Agustín Gómez Arcos, el autor de los «Diálogos de la herejía», la pieza de que tanto se habló a raíz del último premio Lope de Vega.

(Fotos Alfredo.)

Luisa Sala y Manuel Collado, intérpretes únicos de «La isla del viento», de Daniel España

